

# En las alas de la libertad<sup>1</sup>

## AUTORA

Ana Maria  
Machado<sup>®\*</sup>

anamaria.autora@  
gmail.com

<sup>®</sup>Autora de contacto

\* Escritora e periodista,  
ex-presidente y actual  
miembro de Academia  
Brasileña de Letras

Nas asas da liberdade

On the wings of freedom

## RESUMEN

A partir del relato de la experiencia personal de la autora con la censura en distintos contextos, sea relacionados con regímenes represivos, sea vinculados en general a concepciones políticas o religiosas fundamentalistas, el artículo se propone discutir los riesgos que trae la censura a la literatura infantil, la cual, con el pretexto de proteger a los niños, muchas veces acaba por introducir prejuicios en la construcción de su conocimiento del mundo y de su capacidad de tolerancia a las diferencias.<sup>2</sup>

## RESUMO

A partir do relato da experiência pessoal da autora em relação à censura em distintos contextos, seja relacionados a regimes políticos repressivos, seja vinculados em geral a concepções políticas ou religiosas fundamentalistas, o artigo propõe-se a discutir os riscos trazidos pela censura na literatura infantil, a qual, com o pretexto de proteger as crianças, muitas vezes acaba por trazer prejuízo à construção de seu conhecimento do mundo e de sua capacidade de tolerância às diferenças.

## ABSTRACT

Based on the personal experience of the author with censorship in different contexts, be they related to repressive regimes, or in general to fundamentalist political or religious conceptions, the article attempts to discuss the risks involved in censoring children's literature. This type of censorship, under the pretext of protecting children, often introduces prejudice in the construction of their knowledge of the world and their ability to tolerate difference.

Censura y literatura infantil – es el tema que me plantean ustedes.

Hubo un tiempo en que el convivir con la censura formó parte de mi vida. Después, creí que había dejado en definitiva ese asunto hacia atrás, sin ninguna posibilidad o peligro de tener que volver a él. Pensé incluso que podría olvidarlo, o Sin embargo, en los últimos años, con cierta frecuencia, yo, ensayista y ficcionista, con inmensa obra que abarca también el campo de la literatura para niños y jóvenes, suelo ser instada a reflexionar sobre la censura. Y algunas veces, en cuanto a sus relaciones con la literatura infantil. Sobre todo en el exterior, fuera de Brasil. ¿Será sólo coincidencia? ¿O la censura, en efecto, está de moda? Y ahora, abiertamente vinculada a la literatura infantil.

Eso ocurrió, por ejemplo, en un encuentro realizado en Bolonia en 2008, paralelamente a su feria anual del libro infantil, cuando he sido invitada a dar una conferencia sobre el tema, enfocando en especial su situación en Latinoamérica. Enseguida, ese mismo año, en Estocolmo, de nuevo el asunto estaba en el foco de los planteamientos –y una vez más se echaba luz a nuestros países del continente. En ambos casos, hubo también la solicitud de textos impresos para publicación y de entrevistas a la prensa sobre la materia. Me pareció una insistencia rara. Eso me llamó la atención. Aún más ahora, en plena vivencia democrática en este rincón del mundo, cuando en algunos de nuestros países empiezan a hacerse oír con mucha frecuencia ciertas instituciones y personalidades manifestar su preocupación o, en efecto, denunciar intentos de volver a situaciones semejantes a las que vivimos en décadas anteriores, en lo que atañe al control de la prensa y de los medios de comunicación.

Además de eso, como para demostrar que el tema está en el aire, disputando las atenciones generales, el número de julio de 2009 del *Bookbird*, revista internacional de literatura infantil del IBBY, es todo dedicado a la censura, con el pretexto de dirigir la mirada a los 20 años de la caída del muro de Berlín. Bueno, es una revisión justa. O lo sería, si no me viniera con un sabor que conozco bien –lo de una forma sutil de censura que trata de ignorar algo, como si no existiera. Así, a fuerza de no hablar de un determinado asunto, éste queda relegado al olvido total, como si no existiera. En ese caso, el tema silenciado somos nosotros. Específicamente, Latinoamérica. Mejor dicho, los llamados países emergentes. El número de la revista contiene artículos y puntos de vista que cubren los Estados Unidos, Rusia, Finlandia, Dinamarca, el Canadá, Alemania, República Checa y Nueva Zelanda (éste es el único país al sur del ecuador de lengua inglesa). Lo restante del mundo, en el cual nos incluimos, sigue invisible para la revista. No que hayamos sido censurados por el *Bookbird*. Sino solamente olvidados. Al lado de todos los otros países latinos, de España y Portugal a Francia e Italia.

He escrito ya algunas veces<sup>3</sup> sobre ese eficiente tipo de supresión de aspectos de la realidad que se desea esconder u omitir. Suelo clasificarlo de *censura del Sí* que se opone a la *censura del NO*, más obvia, aquella en que toda la gente piensa de inmediato cuando oye primero referencias a procesos censorios. No voy a volver al tema, sino sólo señalar a los interesados que esos textos existen.

Todo ello me confirma que cuando hablamos de censura y expresión hay que empezar a delimitar el campo al cual vamos a referirnos. Es lo que hago ahora. En primer lugar voy a hablar de mi experiencia personal con la censura y de lo que aquélla me ha enseñado. Eventuales *insights* o reflexiones críticas y análisis sobre el asunto nacen de esa vivencia –de la propia vida, y no de teorías externas. Porque no conozco la censura solamente por haber leído sobre ella o visto alguna película al respecto. Sufrí sus consecuencias en mi piel, mi sangre y las traigo en el corazón o en el cerebro. En alguna parte vital de mí misma. Es de ahí donde hablo de ella.

**PALABRAS CLAVE**  
Censura; libertad de expresión; literatura infantil; represión política; democracia, tolerancia y pluralismo

**PALAVRAS-CHAVE**  
Censura; libertad de expresión; literatura infantil; represión política; democracia, tolerancia y pluralismo

**KEYWORDS**  
Censorship; freedom of expression; children's literature; political repression; democracy, tolerance, pluralism

Mi primer contacto con la censura no ha sido en cuanto creadora, sino, en realidad, antes de ser lectora, durante la primera dictadura que viví, la de Getulio Vargas, quien gobernó Brasil de 1930 a 1945. O sea, cuando dejó el gobierno yo no había cumplido aún los cuatro años. Pero, fuera del ámbito familiar, en el jardín de infancia de la escuela pública donde frecuentaba, yo ya sabía que no debería comentar cuán me gustaban las historias de Monteiro Lobato, las que me leían mis padres en casa, con las aventuras de aquellos maravillosos personajes que llenaron de ensueño mi vida y, más tarde, la de mis hijos y la de mis nietos. En la ocasión, sólo sabía que aquél era nuestro secreto, pero no imaginaba las razones. No sabía que Lobato, nuestro mayor escritor infantil, un pionero genial, había sido arrestado por la policía del dictador. Ni tampoco que sus libros pasaban por diferentes niveles de represión. Era algo parecido a la situación que nos cuenta el chileno Antonio Skármeta en su libro infantil *La composición* –los niños pueden ignorar los detalles de lo que está ocurriendo, pero se dan cuenta del universo político donde se mueven. Y las advertencias para que yo no comentara las historias de Lobato eran muy claras. Yo las respetaba.

No sé en qué medida esa claridad se acentuaba por el hecho de haber sido yo arrestada por el Gobierno Vargas a causa de la censura. A los tres años de edad. En realidad, el arrestado ha sido mi padre, periodista y director de un periódico. Escribió un artículo que el censor del gobierno no aprobó. Aun así, mi padre logró engañarlo y publicar el texto. El periódico había sido aprehendido y la redacción, invadida por la policía. El autor del artículo ha sido buscado en casa y en la calle hasta ser encontrado y detenido dentro de un autobús y conducido a la cárcel. Yo estaba con él y las autoridades “permitieron” que me quedara en su compañía por algunas horas hasta que un tío mío, tras haber sido llamado, pudiera venir a recogerme. Un permiso *muy especial*.

Pocos años después, fuimos a vivir en Buenos Aires, donde me han matriculado en una escuela. Era el gobierno del general Juan Domingos Perón. Allí, un día, la profesora ordenó que yo hiciera un dibujo bajo el título “Esta es mi bandera”. Siendo brasileña, dibujé la mía. Ella me dijo que yo debería hacer la de Argentina. La dibujé, pero la titulé: “Esta es tu bandera”. No lo podía, había

que ser igual a la de toda la gente. Hice nuevo dibujo, de esa vez con dos banderas. Pero la brasileña era más grande. He sido expulsada de la sala de clase y conducida al despacho de los directores. Llamaron a mis padres. Les dieron la explicación de que iban a expulsarme porque yo era terca, rebelde e irrespetuosa con los símbolos de la patria. Un pésimo ejemplo para los demás colegas. A los seis años. En el penúltimo mes de clase, cuando ya no lograría más matricularme en otra escuela para terminar aquella serie y poder continuar los estudios. Mi padre, que también era terco y rebelde, fue a hablar con el embajador brasileño, y éste intervino personalmente. Gracias a eso, ante la amenaza inminente de un incidente diplomático, la dirección del colegio “permitió” que yo terminara el curso. Otro *permiso muy especial*.

Poco a poco iba enterándome de que las prohibiciones y actos de represión suelen acompañarse de *permisos especiales*. Señal de la “magnanimidad” del poderoso que está practicando la violencia. Además de ser un acto de fuerza y cobardía, del más fuerte contra el más débil, el otro rasgo fundamental que las caracteriza es justo ese –el arbitrio, la desigualdad ante la ley. Aquel tipo de certeza de poder que tiene un simple funcionario cuando no necesita rendir cuentas de sus actos a nadie. Aquel autoritarismo arrogante que, en cada viaje, todos nosotros encontramos en el inspector del Servicio de Inmigración quien, a la entrada de un país, examina el pasaporte, lo hojea, mira a la cara y la ropa del viajero y sella o no en un papel su derecho de quedar por un determinado tiempo dentro de aquellas fronteras. Sin criterios claros y preestablecidos. Sin defensa ni cuestionamientos posibles. La autoridad sin límites para limitar el derecho ajeno.

Cuando volví a Brasil, a los siete años, después que se acabó esa primera dictadura brasileña, fui a estudiar en un colegio religioso. Un día, allí, en el patio, se hizo una hoguera de libros de Monteiro Lobato que nos habían pedido para llevárselos desde casa. No todos. Pero me acuerdo de haber visto dos de los que yo había leído: *Viagem ao céu / Viaje al cielo e História do mundo para ciranças / Historia del mundo para niños*. No eran los míos, porque mi madre no dejó que yo me llevara nada. Y volvió a advertirme que no hablara respecto a lo que había y se leía en casa. Pregunté a la profesora el porqué de

aquella hoguerita –pequeña, con sólo algunos tomos. Ella era cariñosa y ha sido muy paciente hacia mí. Me explicó que leer aquellos libros era pecado y que Lobato era comunista (cosa que yo no sabía de que se trataba y sólo más tarde me enteré de que él no lo era). Me dijo que uno de los libros narraba la historia del mundo hablando mal de la religión. Y que el otro no respetaba la iglesia, porque los personajes iban al cielo sin encontrarse con Dios, sólo veían planetas, cometas y estrellas. Y aún jugaban con los ángeles y con San Jorge de una manera irrespetuosa. Acabé por salir también de ese colegio antes del fin de año (pero mis padres consiguieron los papeles para los trámites de transferencia). No sé exactamente por qué.

Pero más tarde, al reflexionar sobre esos episodios, aprendí una cosa más. Censura no adviene sólo de gobiernos –abiertamente dictatoriales o casi disfrazados a punto de convertirse en dictadura. Con mucha frecuencia (como señala la “Historia del mundo”, que no queríamos que leyéramos, pero nos enseñaba respecto a la Inquisición, a índices de libros prohibidos, caza de brujas etc.), la censura está asociada a fundamentalismos religiosos o políticos que insisten en leer todo al pie de la letra e intentan imponer una interpretación única para las lecturas ajenas. Cuando no tienden a obligar a que se lea sólo un libro, de una única forma, blandiéndolo por los caminos, durante largas marchas y manifestaciones como si fuera un arma. Así, ellos pasan a ser en efecto un arma que puede quitar la libertad o la vida de quienes no están de acuerdo con esa lectura única.

La etapa siguiente a mi convivir con la censura conlleva varias lecciones, desde ángulos diferentes y simultáneos, y resulta difícil aislarlas. Sólo a efectos de organización de este texto, me refiero enseguida a una que todavía tenía que ver con la sala de clase –aunque no signifique que necesariamente haya venido antes de las demás que yo, como lectora, iba encontrando.

Mientras tanto, en 1969, yo daba clases en la universidad. Era al tiempo de otra dictadura en mi país, la de los subsiguientes gobiernos militares, que duró de 1964 a 1985. Como lectora, ya estaba acostumbrada a encontrar periódicos censurados en los cuales los periodistas intentaban transmitir como podían

lo que deseaban y era prohibido: publicaban previsiones del tiempo asustadoras y absurdas en pleno verano de sol, traían recetas de tortas en la primera página, reproducían trechos del poema clásico de Camoens, *Os Lusíadas*, para sustituir cada trecho censurado. O se valían del humor, con leyendas cómicas para fotografías las cuales no tenían nada que ver con la versión permitida de la noticia que publicaban al lado. Los lectores aprendíamos así a “leer” entre líneas la información de que había censura. Pero no teníamos ni idea de lo que había sido censurado. Ya se enfrentaban los arrestos arbitrarios, la falta de respeto a los derechos humanos y la tortura por todo el país hacía cinco años, pero la sociedad sólo se dio cuenta de eso cuando, en septiembre de 1969, ha sido secuestrado por un grupo de guerrilleros urbanos el embajador norteamericano y se hizo la primera exigencia en cuanto a la suspensión de la censura para que, antes de la respectiva publicación en los periódicos, se leyera un manifiesto de los secuestradores en el cual explicaban su acción y denunciaban lo que ocurría en el país. Como lectora, perteneciente a una familia de periodistas y bien informada, yo sabía de algo. Pero gran parte de la población ni siquiera sospechaba de lo que pasaba realmente.

En esa ocasión yo había sido arrestada. Y cuando me interrogaron, tuve una gran sorpresa. Algunas de las preguntas hechas se basaban en citas mías, en las frases que yo decía en sala de clase, pero reproducidas totalmente fuera del contexto. Me acuerdo de que, en la Facultad de Letras, yo impartía un curso sobre la novela brasileña contemporánea de ámbito rural. Uno de los libros estudiados trataba de la historia de un bando de matones, los cuales actuaban en los páramos huyendo de la policía. En plena época de la crítica estructuralista, yo analizaba el texto con mis alumnos aplicándole los modelos críticos desarrollados por A. J. Greimas y Claude Bremond, con su lógica de posibilidades narrativas. Siguiendo ese modelo, se hacía el análisis de quienes eran los protagonistas y los antagonistas, los aliados y los opositores, cómo se construían las secuencias que inducían a trampas y enfrentamientos etc. Extraídas del contexto y dirigidas a mi interrogatorio esas frases han sido transformadas en entrenamiento teórico y “clases de guerrilla

en la selva”. Además de descubrir que entre mis 28 alumnos había al menos uno que era informante de la policía, en una época en que no había grabadores portátiles pequeños, aprendí que una de las formas de mentir y desvirtuar un texto es censurar su contexto e impedir que se lo conozca. O sea, manipular la verdad aislándola de sus circunstancias. Yo había realmente dicho aquellas palabras, pero en un contexto tan distinto que no podrían jamás tener aquel sentido. El censurar el contexto siempre se revela un recurso represivo muy eficiente, por el hecho de partir de una verdad que no puede negarse, pero que se transforma en su contrario. Una vez, la escritora brasileña Ruth Rocha procesó a un editor (y ganó el proceso) por haber él incluido en una colección un trecho de una historia infantil suya, titulada *Romeo y Julieta*. Era un cuento contra el racismo, transcurrido en un jardín lleno de mariposas azules y amarillas, que vivían peleándose. Pero los hijitos de las dos familias se hacen amigos, al desobedecer a las órdenes de los padres quienes querían impedir que tuvieran contacto. No voy a contar toda la historia. Vale decir que, al seleccionar un texto para incluirlo en la antología, el editor lo apartó de lo restante y lo terminó con la frase siguiente pronunciada por la madre-mariposa que prohibía la amistad de los dos: “Nunca debes jugar con quien tiene un color distinto del tuyo”. Al hacerse la interrupción en ese punto, dicha afirmativa pareció una conclusión y un consejo a la vez. Lo opuesto del objetivo de toda la historia. De eso se dio cuenta el juez inmediatamente y estableció la pena al editor obligándolo a indemnizar a la autora.

Paralelamente a dicha actividad en el magisterio, en ese período estaba yo empezando a escribir cuentos infantiles para que se publicaran en una nueva revista recién criada en Sao Paulo también en 1969. Han sido invitados a participar en ella solamente autores que nunca habían hecho nada en el género, para evitar los viejos modelos didácticos y los vicios de un lenguaje condescendiente, lleno de diminutivos y actitudes de superioridad. Como partí hacia el exilio en enero de 1970, desde allí envié durante tres años los cuentos que constituyeron el inicio de mi carrera de autora para niños. Descubrí que me gustaba mucho escribirlos, explotar un lenguaje coloquial y mantener una oralidad

libre de los modelos eruditos. Me complacía aprovechar las posibilidades de juegos de palabras y recurrir al humor, jugar con escapadas líricas o incursiones en lo maravilloso para tratar de cosas serias y muy verdaderas. Me sorprendí de la fantástica aceptación de los lectores. Yo buscaba contar historias que pudieran interesar y divertir a mi hijo menor, en aquel entonces con 3 años, o a sus amigos. Pero poco a poco iba teniendo en cuenta que yo incluso hablaba de nuestra situación al exaltar la libertad y la rebeldía, al valorar la sabiduría popular, estimulando la irreverencia, denunciando las injusticias, confiando en la capacidad de cada personaje pequeñito e indefenso poder pensar solo y actuar de por sí, sin que fuera siempre obediente. Era también por eso que nuestros lectores nos estaban acogiendo tan bien. Y así ya hablo en la primera persona de plural porque estaba ocurriendo lo mismo a otros autores, fueran ellos colaboradores de la misma revista (al igual que Ruth Rocha o Joel Rufino) o no (tales como Joao Carlos Marinho o Ziraldo, que en aquel momento, además de haber publicado su primer libro infantil, fundó también *O Pasquim*, un periódico humorístico de oposición que tenía gran éxito).

En 2009, con grandes festejos y el cariño de los lectores, nosotros cinco conmemoramos 40 años de carrera. No deja de ser sintomático el hecho de que la hayamos empezado justo en el peor momento de la dictadura brasileña, en su instante de mayor opresión y del inicio de la más terrible censura. No ha sido un proyecto deliberado ni una decisión consciente. Pero diferentes críticos<sup>4</sup> ya han señalado que nuestras obras al estallar en esa ocasión lo que después se conocería como el *boom de la literatura infantil brasileña*, mantienen una estrecha relación con aquel cuadro de censura a la prensa y a las artes en general. Por distintas razones.

La primera revelaba que todos nosotros éramos intelectuales procedentes de otras áreas, sin vínculo personal con el universo infantil, sin trabajar directamente con niños, sin pretensiones de dar lección a quienquiera. Ninguno de nosotros había pensado antes en escribir para jóvenes. Quizás si no estuviéramos sintiéndonos molestados en nuestras propias áreas de actuación, jamás vendríamos a esos pagos. Pero sentíamos la presión de la dictadura, el peso de la censura y

un impulso irrefrenable para manifestarnos. Y teníamos suficiente dominio del lenguaje para hacer de él un instrumento dócil en nuestras manos por medio del humor, del recurso para la poesía, del buceo en las matrices populares. O sea, teníamos condiciones de crear textos ambiguos y multívocos, con múltiples significados, cuajados de alusiones culturales, moviéndonos sobre la cuerda floja de las semánticas y acostumbrando al lector a buscar siempre más en los juegos verbales de que nos valíamos.

Otra razón en general apuntada es la capacidad que suele tener el género para incorporarse al lenguaje simbólico. Al igual que la poesía y las letras de las canciones (dos géneros más que en la época se desarrollaron en Brasil), la literatura infantil tiene por hábito transitar por los múltiples sentidos y por la pluralidad de lecturas, en que un lector, de una determinada edad, ve una cosa y el otro, con diversas referencias, descifra la otra. En el caso de la canción popular por su carácter asociado a la cultura de masas, ella se hizo de inmediato el portavoz del pensamiento de oposición y protesta y llamó la atención. Por eso se convirtió en uno de los blancos preferenciales de la censura, al obligar a sus autores a increíbles malabarismos de creatividad –sintetizado, en cierta medida en lo que una de ellas expresaba: *tú cortas un verso, yo escribo otro...*

Pero la literatura infantil iba por carriles más discretos. Era cosa propia de mujer y de niño, no era algo que los generales leyesen y oyesen por todas partes como la música popular. Entonces, era posible que eso pasara desapercibido si Ruth Rocha escribiera sobre un reyezuelo mandón u otro rey que padecía de la rara enfermedad de no lograr ver quien fuera pequeñito. O si yo hiciese que una niña saliera al mundo a buscar un país donde nadie la subyugara y poco a poco iba creándose la noción de que la única ley justa es la que mana de todos, ya está escrita y se aplica a todos. O aun si yo publicara un libro titulado *Érase una vez un tirano...* O sea, por más paradójico que lo parezca, la censura nos obligó a ser sutiles y densos, pero no nos impidió crear ni ejercer algún poder sobre nosotros. Por lo menos no al nivel oficial. Siempre hubo una u otra escuela que prohibió a los alumnos la lectura de nuestros libros. O algún editor que rehusó publicarlos por miedo a las consecuencias (uno

de mis libros ha sido rechazado por seis de ellos. Cuando el séptimo lo publicó, ganó todos los premios del año). Pero no pasó nada además de eso. Nada que se comparara a las dificultades con la censura hasta entonces enfrentadas en Brasil por la prensa, por la música popular, por el cine, por el teatro, por la literatura para adultos. Al contrario, esa época de la censura nos ha enseñado a escribir con más densidad y a nuestro público a leer con inteligencia y complicidad.

En Argentina ocurrió un fenómeno muy parecido al tiempo de la censura y de la represión política. Del mismo modo que habíamos tenido a Monteiro Lobato, los argentinos han tenido a autores pioneros como Maria Elena Walsh. Además de eso, según señala Joel Franz Rosell,<sup>5</sup>

*En los dos (...) casos funcionan como catalizantes la impopularidad de las dictaduras militares, la saturación del nacionalismo y la necesidad de burlar la censura.*

Delante de tales circunstancias, y ya libres de las fuertes amarras del didactismo y de la pedagogía gracias a la acción de los pioneros, surgen también en Argentina autores que no han tenido el trato directo con la sala de clase, y que poseían una formación intelectual sofisticada – tales como Laura Devetach, Gustavo Roldán, Graciela Montes, Graciela Cabal, Ema Wolf.

Según Rosell, en Cuba, otro país que también tuvo un pionero importante y un poco antes, José Martí, ocurrió igualmente algo semejante, pero más tarde, a causa del prolongado apoyo popular inicial del régimen autoritario, y los avances sólo lograron influirse por la literatura infantil de Argentina y de Brasil. De todos modos, añade el crítico refiriéndose a esos países en los años 70:

*La actividad creadora, hasta entonces dominada por cierta inmediatez castradora y por la hipertrofia de la poesía, el relato y sus respectivos híbridos didácticos, se abre a los géneros más ricos en fabulación y va siendo enriquecida por recursos tales como la combinación de realismo y fantasía, el humor, la ironía, la parábola, la carnavalización, el metalenguaje etcétera. Al mismo tiempo, se*

*produce una ampliación de temas y asuntos a expensas del reencuentro con el folklore y la naturaleza propios, de la prospección en las circunstancias humanas y sociales de nuevo tipo.*

No deja de ser paradójico el fortalecimiento y la consolidación de eso, al que Joel Rosell y otros críticos llaman abecé de la literatura infantil latinoamericana, tenga relación con un movimiento para enfrentar la censura, mientras otros países de la región, que vivieron bajo dictaduras igualmente arbitrarias, no hayan conseguido hallar las más mínimas condiciones para, al menos, intentar que se filtrase la voz cercenada por la represión violenta. O sea, a pesar de la censura en algunos países la literatura infantil floreció. Pero tal situación no significa que la censura lo facilite. Tanto es así que, en gran parte de los demás países del continente, no ha sido eso que pasó.

Cada caso es distinto y quiero proseguir aquí con mi testimonio para relatar cómo ha sido mi relación con la censura.

De vuelta a Brasil, cuando mis abogados creyeron que el regreso ya sería posible, yo había sido castigada por el régimen político con la pérdida de mi puesto en la universidad. Fui a trabajar entonces como periodista. Y de 1973 a 1980, estando al frente del sector de periodismo de la Radio Jornal do Brasil, tuve un contacto bien distinto con la censura. Al principio había la censura previa, con prohibiciones expresas en cuanto a noticias sobre determinados asuntos. Después, se la suspendieron en lo que atañe a periódicos y revistas, pero siguió todo el tiempo actuando en radio y televisión, servicios concedidos por el gobierno y sometidos a la casación sumaria de la concesión si no respetasen las prohibiciones.

Las órdenes llegaban por teléfono. Diariamente, a cualquier hora, el teléfono podía sonar con una nueva prohibición. He intentado institucionalizar algunos procedimientos mínimos de seguridad, al preguntar el nombre del agente y el número del teléfono de donde él llamaba. Sólo después de que le llamáramos de nuevo y comprobáramos que no se trataba de una broma telefónica, podríamos considerar la orden recibida. También anotábamos el nombre de quien la había recibido

y el horario. Se escribía entonces la prohibición, se la colgaba en un tablón de anuncios y se archivaba la copia. Era un intento rudimentario de atribuir alguna responsabilidad a la prohibición, pero nada nos garantizaba nada. Las autoridades han dicho que nos habían llamado para prohibir, sin que hubiéramos recibido cualquier llamada. Una palabra en contra de la otra. Pero al mínimo se trataba de establecer alguna regla –y respecto a eso los agentes se han puesto de acuerdo. En cierta medida era también una garantía suya delante de sus superiores. Así, aprendí que la censura crece en el anonimato al igual que toda forma de cobardía. Tales cuidados han sido suficientes para que disminuyese el número de prohibiciones recibidas. Pero ni por eso dejaron de ser diarias y plurales las prohibiciones abarcaban los más diferentes asuntos y no sólo respecto al área política o policial. No es el caso de desmenuzarlos aquí, pues este texto no pretende concentrar su foco en la censura a la prensa.<sup>6</sup>

Yo jamás había trabajado de esa forma. Por un lado, me indignaba con esa presión para hacer de mi profesión lo contrario de que ella debería ser, prohibiéndonos de informar al público, noticiar los fatos y expresarnos. Por otro, me decidí a no facilitar la tarea de la censura y a no conceder a esa violencia ni un milímetro de territorio además de lo inevitable a que ella nos imponía. Así, siempre he dejado muy clara mi posición a los más de 30 periodistas bajo mi dirección. Ellos lo han comprendido y, de ese modo, conseguimos mantener un espíritu de equipo entrañable y valiente. Estábamos viviendo con una censura previa que nos impedía publicar nuestros textos. No admitiríamos jamás que eso se transformara en una autocensura y nos imposibilitara de averiguar las noticias o redactarlas.

Tal decisión nos costaba mucho, pero nos ha garantizado vivir todos esos años con coraje y dignidad, y la cabeza bien alta. Significaba trabajar al doble, inútilmente. En algunos casos, entre el 70 y el 80% de lo que habíamos organizado no podía aprovecharse –y ello conllevaba tener siempre de reserva algún material para sustituir a lo que no podía estar en el aire. O sea, guardamos ya listas las noticias muy importantes (o versiones más largas de las de especial relieve), pero que podrían rellenar los minutos que por si acaso fuesen cortados del noticiario en el último momento. Sabíamos

que gran parte de lo que producíamos iría a la papelería. Era demasiado frustrante. Sin embargo, había la ventaja de enorgullecernos de hecho de no estar colaborando con la dictadura. El orden del día del reportaje se determinaba al principio de cada jornada como si no existiera censura. Los reporteros iban a la calle como si tuviesen toda la libertad y averiguaban lo que veían y oían. Volvían a la redacción y escribían lo que habían investigado. Entregaban el respectivo texto a los redactores que, entonces, junto a los editores de guardia, evaluaban hasta adónde se podía divulgarlo. Algunas veces, arriesgábamos más allá de lo que nos aconsejaba la prudencia: en la última media hora antes del noticiero estar en el aire, descolgábamos todos los teléfonos de la redacción para que los censores no lograsen hablar con nosotros. Así, muchas veces, en ciertas ediciones se divulgaban algunas noticias antes de que se recibiera la prohibición. Otras veces, aunque todo indicara que serían prohibidas, por alguna razón el asunto pasaba desapercibido y no nos llegaba ningún veto. La noticia estaba en el aire contra todas las expectativas, porque la habíamos averiguado y redactado. Nadie más lo había hecho. Los oyentes descubrieron eso enseguida y transformaron nuestros noticieros en los de mayor índice de audiencia y prestigio del país.

Además de eso, desde que ha sido suspendida la censura previa en lo que atañe al periódico impreso, cuya redacción funcionaba en el mismo edificio y piso, pasé a llevar a diario y personalmente a los censores lo que habíamos averiguado, a pesar de que no hayamos podido divulgarlo en la radio. Yo lo dejaba en manos del responsable de una columna de mucho prestigio, el *Informe JB*. Durante ese período, cuatro periodistas se sucedieron en la redacción de dicha columna. Sólo uno de ellos había internalizado la censura previa a punto de no aprovecharse jamás de ese material. Los otros tres agradecían y lo difundían teniendo en cuenta de que se trataba del asunto bomba del día, porque la censura lo había prohibido en la radio. Es decir, de una manera o de otra, íbamos consiguiendo canalizar lo que averiguábamos para alguna forma de divulgación. En otras ocasiones, íbamos aprendiendo con nuestro fútbol: un poco de maña, un meneo del cuerpo, y driblábamos al contrario para hacer un gol. Por ejemplo, hubo una gran manifestación

estudiantil en una calle importante de la ciudad. Se prohibió noticiarla. Pero nuestros reporteros se dieron cuenta de que había un número exagerado de trabajadores de la limpieza urbana, uniformados, barriendo las calles de aquella área. Se entrevistaron con ellos, evidentemente policías disfrazados. Noticiamos el embotellamiento de tráfico delante de la universidad y transmitimos una entrevista al jefe de los seudobarrenderos, para explicar que aquella concentración de funcionarios se debía a una operación especial de desbrozo. La última frase era una pregunta del reportero, sin respuesta: “¿Hierba, pero en asfalto?” Los oyentes han entendido perfectamente de que se trataba, como lo han comprobado enseguida las llamadas con elogios. En otra ocasión, iban a realizarse elecciones para la nueva directiva del Flamengo, un club de fútbol. Entrevistamos a los candidatos, todos se referían a las ventajas de la posibilidad de poder votar a quien uno desea y defendiendo el derecho de la oposición y la superioridad de un régimen que permite elecciones. La censura no había pensado en prohibir eso, que venía simulando una noticia deportiva. Cuando llegó la orden, ya era tarde y un periódico sobre elecciones libres había estado en el aire por entero.

Al fin, lo menciono porque tras lo mucho que he aprendido con esa experiencia, quiero resaltar una distinción que me parece fundamental: la que existe entre censura previa y autocensura. La censura previa ocurre cuando las autoridades –políticas o religiosas– prohíben que se publique algo. La autocensura, cuando el creador internaliza esos mecanismos y ni aun se permite crear o acatar su fuerza interior, de donde viene su necesidad de expresarse. La primera, impuesta por la fuerza no consigue actuar todo el tiempo, acaba por dejar brechas. La segunda depende de un proceso de autoconvencimiento que demanda la cooperación del creador. Se alimenta del miedo. Acaba por cambiar un camino para agradar al poder, rendirse a él, anticipar sus deseos, incluso los que todavía no se han manifestado. Liquidada la creación, es mucho más eficiente y deja huellas para siempre. Por eso la primera necesita acompañarse de represión violenta para, en efecto, intimidar y conseguir funcionar. Sólo así logra implantar la segunda, aquella que una vez en acción abre el camino blando y liso al peor arbitrio.



Es evidente que hay también otra censura, la que pretende suprimir lo que fue escrito y publicado libremente. Ha sido usada por todos los regímenes totalitarios y los fundamentalismos para complementar la censura previa, en una sucesión que va desde los Índices de Libros Prohibidos hasta la condenación de Salman Rushdie a la pena de muerte por quien lograra atraparlo – pasando por el nazismo y por la revolución cultural china. Es una censura *a posteriori*, violenta y rabiosa. Frecuentemente ha sido acompañada de prisiones, castigos corporales, e incluso la muerte de los que han desobedecido. Pero en realidad, quizá sea la primera de todas. En cierta medida es por el intento de evitarla que se iban desarrollando las demás formas de que hablé, la censura previa y la autocensura. Nacidas del miedo y de la prudencia, justificados o no.

Merece la pena tener en mente ese cuadro general cuando discutimos más de cerca la cuestión más específica de las relaciones entre censura y literatura infantil. Es una situación delicada y que suele plantear muchas dudas.

En primer lugar, existe un tradicional vínculo entre la literatura destinada a los niños y el sistema educacional que busca ignorar que la literatura es arte y pretende utilizarla con objetivos pedagógicos. Ese aspecto, de por sí, ya sería suficiente para confundir demasiado el terreno, mezclando criterios distintos de elección. Porque es de ello que se trata cuando el acceso de un niño a los libros se media por los adultos: elección, selección, deseo de orientación. Todos esos procedimientos limitan el ofrecimiento de libros. Pero eso no puede ni debe confundirse con prohibiciones o el cercenamiento de la libertad. Es perfectamente comprensible que en una escuela, con un número limitado de días de clase a cada año y de horas de clase a cada día, se procure concentrar las atenciones a aquello que parece más útil al objetivo didáctico de la enseñanza. Por lo tanto, la selección de libros para una biblioteca escolar, por ejemplo, o para adopción como lectura extraclase, va necesariamente a abarcar una cantidad y una variedad menor de libros que el acervo de una biblioteca pública infantil, de una librería o aun de una familia que podrá elegir para sus hijos entre todos los libros existentes en aquel idioma y no sólo los que enseñan algo a aquella serie.

En segundo lugar, teniendo en cuenta el cuidado que deben tener los adultos responsables de la formación infantil, es también comprensible y deseable que ellos se preocupen de lo que los niños leen. E igualmente con lo que ellos oyen por todas partes (incluso de los padres y de los profesores), leen en las portadas de periódicos y revistas, veen en la televisión o en videos, juegan en videogames u ordenadores, conversan con los amigos, o se encuentran en los sitios que frecuentan en la internet. Por ejemplo, yo tuve una librería infantil durante 18 años y era responsable, entre otras cosas, de la selección de los títulos de los libros que iba a tener de *stock*. Me acuerdo de que, durante ese período, hubo dos libros que me he decidido a no venderlos, pues me parecieron realmente llenos de prejuicios y racistas, y sin cualidades literarias. Pero había algunos que no resistirían la criba ideológica más exigente, como *Pippi Meias-Longas* con su eurocentrismo y su indefectible certeza de la superioridad de una cultura (o una etnia) sobre otras. Jamás me pareció que los niños no deberían tener más contacto con la deliciosa obra de Astrid Lindgren sólo por eso. Ou con Kipling, por ejemplo. Todo lo contrario, me pareció indispensable que se acostumbren desde muy temprano a criticar lo que leen, a desconfiar de lo escrito (aunque seductor), a distinguir los prejuicios ajenos o de épocas distintas escondidas en un libro. Y sólo lograrán eso mediante mucha lectura, variada, de autores de buena calidad, muy distintos entre sí y que discrepen entre sí.

A mi juicio, hay una gran diferencia entre preocuparse sanamente de esos contenidos o ponerse histérico frente a una palabra, un tema o una ilustración en un libro, diluido entre otros tantos. Y, al que conste, en el campo del libro infantil se observa una tendencia a esa exageración, sobre todo en algunos países. Quien desea tener una noción del punto a que se puede llegar, consulte la obra de H. Hoertel, *Banned in the USA: A reference guide to book censorship in schools and public libraries* (Westport<sup>7</sup>, Greenwood Press, 2002). Son tantos los títulos que su simple enumeración rellena un libro. Y para que se tenga una idea del problema, basta con acordarse de que un autor de primera línea, de los mayores clásicos norteamericanos, Mark Twain, no es más leído en las escuelas y ha sido expulsado de varias bibliotecas de los Estados Unidos porque

utiliza la palabra *nigger*, negro, hoy considerada peyorativa y ofensiva para los afroamericanos. No importa que sus personajes fuesen rebeldes, amantes de la libertad, luchadores por la justicia y uno de ellos llegase a ir contra toda la moral de la sociedad de la época por ayudar a un esclavo a huir de su dueño. En lugar de elogiar a ese niño capaz de pensar por su cuenta y enfrentarse con los valores del mundo adulto y desobedecer a las leyes esclavistas, los melindres semánticos prefieren poner los pelos en punta delante de una palabra y prohibir a los niños norteamericanos de hoy conocer a Huckleberry Finn o a Tom Sawyer.

La historiadora de la educación Diane Ravitch<sup>8</sup> acuñó el término *policía de la lengua* que titula su libro. Denuncia que “el régimen de censura se esparció entre los editores educacionales, como respuesta a grupos de presión, tanto los de derecha como los de izquierda” y afirma con claridad que hoy existe “un protocolo elaborado y bien establecido de censura benéfica, que es tranquilamente endosado y ampliamente implementado por editores de libros didácticos, agencias de testes, asociaciones profesionales, por los estados y por el gobierno federal”. En consecuencia, concluye ella, se está restringiendo lo que aprenden los alumnos, impidiéndoles conocer visiones distintas. Lo mismo se puede decir de los libros no didácticos, de literatura infantil, cogidos en esa red de los grupos de presión que ejercen su influencia sobre la escuela y los medios en general. Van impidiendo a los lectores tener contacto con la variedad de puntos de vista que debe caracterizar una sociedad democrática.

Al hacer comentarios sobre publicaciones como ésta y un informe elaborado en 2002 por el OIF (Office for Intellectual Freedom) del ALA (American Library Association) la canadiense Cherie L. Givens relata varios ejemplos de cómo dichas líneas maestras de censura funcionan también en su país.

Cuenta cómo un ilustrador contemporáneo de una historia pasada en 1850 al sur de los Estados Unidos tuvo que dibujar a un niño chino entre los personajes blancos y negros a petición del editor, porque necesitaba mostrar la “diversidad étnica”, aunque en aquella época no había ningún personaje asiático en el libro ni en la región.

En otro caso, un libro de un autor consagrado, con casi treinta obras publicadas, contaba la historia de una vieja que era muy olvidadiza. Primero, el editor le pidió que no la llamase vieja, para no provocar susceptibilidades, y la cambiase por una joven. Después, al fin, le pareció mejor que no fuese una mujer para que no se ofendiesen las feministas.

En algunos libros no se puede emplear la palabra *evolución*, para que se protejan susceptibilidades religiosas de los creacionistas.

Uno de mis libros ha sido rechazado por una editorial norteamericana porque había una escena en que la niña acaricia al hermanito recién nacido mientras lo amamanta la madre, por lo cual me ha sido solicitado que yo la quitase, pues algunos lectores podrían encontrar eso *disgusting* (repugnante). Recientemente, cuando se reeditó otra obra mía de gran éxito, premiada y que hace 30 años consta de catálogos, la editora me pidió que eliminara una escena en la cual, tras mucho correr y jugar, el niño reflexiona sobre lo que le ocurrió aquel día mientras se toma un largo baño antes de la cena. Argumentó ella que baños largos hacen daño al planeta. Delante de la constatación de que era más fácil cambiar de editorial que escena, el texto quedó como estaba. Pero creo que los árboles derribados para producir papel en que se publican tonterías o irrelevancias hacen más daño al planeta y a todos nosotros. Otro libro mío, *Menina bonita do laço de fita*, exitoso en muchos países, causó perjuicio a mi editor en Dinamarca porque la lectora que se hizo cargo de juzgarla para una posible compra con miras al sistema de bibliotecas lo rehusó, alegando que la historia presenta personajes mestizos con naturalidad, como si ese convivir pudiera ser armónico y fuera deseable, lo que podría contribuir para desmovilizar descendientes de africanos en la lucha por los derechos de afirmación de su etnia. Y bastaba con una única opinión, un solo parecer, para que se rechazara el libro en un país en que la difusión de literatura infantil se hace esencialmente por el sistema de bibliotecas. Vaya ironía, justo Dinamarca, país donde la dificultad de encontrar un ilustrador para un libro infantil de Kåre Bluitgen sobre la vida de Mahoma llevó un periódico local a proponer doce ilustraciones distintas y desencadenó una crisis en que, por

esos mundos de Dios, embajadas danesas han sido invadidas, banderas quemadas y más de 180 personas muertas.

Pero con ese parecer para las bibliotecas, cerramos el círculo. Volvimos una vez más al aspecto esencial de la censura que he mencionado al principio: el arbitrio de una decisión personal tomada a partir de un poder incuestionable que se cae sobre una víctima sin defensa. O, como lo afirma Marjorie Heins<sup>9</sup>, la censura “inevitablemente es consecuencia de procedimientos decisorios altamente subjetivos y arbitrarios que reflejan predilecciones ideológicas y personales de los censores”. Un motivo más para que no podamos aceptarla de ningún modo.

El acto de control institucional que caracteriza la censura puede verificarse en cualquier fase de la producción o distribución del libro. A veces, eso ocurre con mucha sutileza en el ámbito de los jurados de premiación. Basta con un jurado de personalidad fuerte, que se expresa bien, seductor, con poder de convencer a los demás, y ello también puede pasar. Todos nosotros conocemos decenas de ejemplos de ese mecanismo. Ni voy a discutir el caso demasiado conocido del premio Iberoamericano de Literatura Infantil y Juvenil, cuyos artículos de la convocatoria lo declaran abierto a todos los autores de la región, a pesar de que, en su segunda edición, hubo un jurado que se decidió a ignorar ese reglamento, consideró que quien ya hubiese ganado el premio Andersen debería ser eliminado de una manera sumaria para dar oportunidad a los principiantes o a los todavía no consagrados y, por su cuenta, simplemente descartó las dos latinoamericanas vencedoras del Andersen, concediéndoles una mención honorífica y jamás explicando públicamente lo que eso significaba. Pero merece la pena ver de cerca el caso del libro *Magnifico*, de la canadiense Vitoria Miles, relatado e el sobredicho número del *Bookbird* sobre la censura. Por el reglamento, bastaba un jurado del British Columbia Book Prize no votar por el libro para que él fuera excluido. Fue lo que pasó: a una de las juradas no le gustó el final feliz, que involucraba una celebración de la visita de la familia real inglesa al Canadá en 1939. El no ganar el premio significó no haber publicidad para poder ser leído por el mayor número de lectores, incluso adultos. Enseguida, en Ontario, finalista de otro premio, el mismo libro ha sido descartado porque el padre de uno de los

personajes, un inmigrante, decía unas palabras en italiano, que han sido consideradas un lenguaje sucio, aunque su traducción es “cerdo” y “perro”. La sensación que uno tiene al acompañar al relato del destino del libro, es la de estar leyendo una nueva versión de la fábula *O lobo y el cordero*. A cada instante surgía una nueva argumentación para descalificarlo: el final feliz no funciona, los italianos pueden quedarse ofendidos, el uso de lenguaje sucio no lo aconseja etc. El no ganar los premios significó estar fuera de las listas de las bibliotecas –y todo lo oindica que la memoria del pasado colonial relatado en el episodio tiene que ver con eso al no admitirse que cualquier episodio relativo a la monarquía o a la metrópoli deba ser tratado con algún respeto histórico. En nombre de la democracia, probablemente. Como si no pudiera existir monarquías parlamentarias más democráticas que ciertas repúblicas llamadas populares.

En fin, lo que se observa es que, para muchos estudiosos en esa área, el miedo y la prudencia se hacen presentes cada vez más en exceso. O la simple preocupación de evitar cualquier posibilidad de melindrar susceptibilidades exageradas que puedan al mínimo producir algún riesgo para sus ventas y su lucro. Con el pretexto de proteger a los niños, muchas veces vacilan los editores en publicar cualquier cosa que eventualmente pueda parecer desagradable a alguien. El resultado puede ser una profusión de libros pasteurizados y sin gracia, u hechos en serie y parecidos los unos a otros, como si la urna aséptica y estéril fuese un ideal cultural. Menos de un punto de vista educacional, desde que entendido de una forma más amplia, seguramente, no es ésta la mejor manera de ayudar a desarrollar el espíritu del lector o de colaborar con los niños en la construcción de su conocimiento del mundo o de su capacidad de tolerancia hacia los distintos.

La comprensión y aceptación del otro exigen que nos exponamos a diferentes juicios, sin victimizaciones ni resentimientos. El contacto con el arte es esencial en el desarrollo humano. Pero el arte sólo puede ser entendida como la manifestación de los espíritus libres, aunque muchas veces no estamos de acuerdo con ellos. Para que ella nos eleve, hay que ser un vuelo por las alas de la libertad.

## NOTAS

- <sup>1</sup> En la ponencia del I Congreso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil, *Anímate a leer, Vuela sólo*, Lima, 19 y 20 de febrero de 2010.
- <sup>2</sup> Resumen y palabras-clave elaborados por el Consejo de Dirección de REB.
- <sup>3</sup> Véase en especial: “O trânsito da memória – literatura e transição para a democracia no Brasil”/ “El tránsito de la memoria – literatura y transición a la democracia en Brasil”, en *Contracorrente*. Sao Paulo: Ática, 1999, y “Por una cultura de resistência / “Por una cultura de resistencia”, en *Texturas*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 2001.
- <sup>4</sup> El más reciente estudio al respecto es de María Lucia Machens, *Ruptura y subversión en la literatura para niños*. Sao Paulo: Editora Global, 2009.
- <sup>5</sup> *Un oficio de centauros y sirenas*. Buenos Aires: Lugar Editorial 2001.
- <sup>6</sup> Cuando renuncié a mi puesto en la radio, en mayo de 1980, dejé copias completas de los archivos de todas las notas de censura recibidas en ese período en tres instituciones: la Associação Brasileira de Imprensa / Asociación Brasileña de Prensa, el Sindicato de Jornalistas do Rio de Janeiro / Sindicato de Periodistas de Río de Janeiro y el Departamento de Pesquisa do Jornal do Brasil / Departamento de Investigación del Jornal do Brasil.
- <sup>7</sup> Mencionado por Cherie L. Givens, Hidden forms of Censorship and their impact, *Bookbird* numero 3, 2009.
- <sup>8</sup> *The language police: How pressure groups restrict what students learn*. New York: Alfred A. Knopf, 2003.
- <sup>9</sup> Heins, M, Not in front of the children: “Indecency”, censorship and the innocence of youth. New Brunswick, Rutgers University press, 2006.

## BIBLIOGRAFÍA

- HEINS, Marjorie. *Not in front of the children: “Indecency”, censorship and the innocence of youth*. New Brunswick: Rutgers University press, 2006.
- HOERTEL, H. *Banned in the USA: A reference guide to book censorship in schools and public libraries*. Westport: Greenwood Press, 2002.
- MACHADO, Ana Maria. O trânsito da memória – literatura e transição para a democracia no Brasil, en *Contracorrente*. Sao Paulo: Ática, 1999.
- \_\_\_\_\_. Por una cultura de resistência, en *Texturas*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 2001.
- MACHENS, María Lucia. *Ruptura y subversión en la literatura para niños*. Sao Paulo: Editora Global, 2009.
- RAVITCH, Diane. *The language police: How pressure groups restrict what students learn*. New York: Alfred A. Knopf, 2003.
- ROSELL, Joel Franz. *Un oficio de centauros y sirenas*. Buenos Aires: Lugar Editorial, 2001.